



Irazoki hablará mañana en San Sebastián sobre su último libro, en el que ha reunido 51 textos breves. :: BARBARA LOYER

«Para mí, la hondura consiste en una gratitud sin esperanza»

Francisco Javier Irazoki **Escritor**

El escritor navarro presenta mañana en la librería Lagun el libro de poemas en prosa 'Orquesta de desaparecidos'

:: ROBERTO HERRERO

SAN SEBASTIÁN. Mañana, a las 19,30 horas, Francisco Javier Irazoki estará en la librería Lagun para hablar de esta 'orquesta' que fue tomando cuerpo a lo largo de los últimos siete años. No suele tener prisa para crear y menos para publicar. Deja que los días y las gentes vayan ocupando sus páginas. Personajes anónimos y personas muy cercanas pueblan por igual sus textos, en los que todos se reúnen y donde sólo no se admite el maltrato al idioma.

–El libro contiene 51 textos breves. ¿Qué forman en conjunto?

–Forman un libro de poemas en prosa. Sé que persiste la rutina de delimitar los géneros literarios. No me importa. Desde hace algunos años, yo concibo la poesía sin ningún límite ortodoxo. 'Orquesta de desaparecidos' continúa lo iniciado en 'Los hombres intermitentes'. Habrá una tercera y última entrega de poemas en prosa. En este proyecto fusiono la infancia, la adolescencia y la juventud vividas en mi tierra de

origen. Todo ello con la réplica urbana de las experiencias en París. El diálogo es intencionado. Como también deseé una fusión de dos realidades: la tangible y la que palpita debajo de las capas superficiales de los objetos y sentimientos. El sueño viaja libre.

–Estos textos están cercanos a la delicadeza, pero usted ya avisa en el primero de ellos que «la poesía no es una delicadeza decorativa».

–No me conformo con la belleza y la música de unas palabras. En mi opinión, la poesía no es únicamente el fruto de unas habilidades. Si nos comprometemos con ella, la poesía se adentra en nosotros. Participa en todos nuestros actos. Por eso digo que la poesía es «una intensidad de la mirada que despierta a la conciencia».

–Dice en estas páginas que «la angustia tiene mucha fama en nuestra cultura» y se rebela en contra de «los campeonatos de dolor» en que participan algunos escritores.

–No soy quién para decir qué deben

expresar los escritores. Pero he encontrado más profundidad en el hombre consciente que celebra la vida sin pedir ninguna recompensa. Que se sabe un minúsculo jirón de tiempo y ensalza la vida en que se consume. Para mí, la hondura consiste en una gratitud sin esperanza.

–La primera parte del libro transcurre entre los paisajes humanos y geográficos de su infancia y juventud en Lesaka. ¿Qué significado tienen todos esos recuerdos? ¿Dónde queda la nostalgia, si es que existe?

–Los recuerdos son las voces de esos visitantes que aparecen en el primer poema del libro. Se unen para guiarme. Yo tengo una nostalgia benigna. Me nutre, no me hiere. Necesito reunir en mis poemas a quienes me aportaron su calidad. Viven en mi escritorio. Luego sigo estrujando el tiempo con otros paisajes y encuentros humanos.

–La música está muy presente en este libro, casi de manera continua. Más que una compañía se pue-

de decir que es una forma de dialogar con el mundo.

–Lo es. Y evito la injusticia de decir que sólo hay una música selecta. Gracias a Billie Holiday, el dolor canta. O se convierte en un grito que sube del saxo de John Coltrane. Escucho sus heridas. Después descanso con la elegancia de Josquin Desprez y me asombro con las cimas de Johann Sebastian Bach. Alejo Carpentier supo que varios discos de Pink Floyd tenían la calidad de los autores clásicos. Y sentado en el suelo espero las notas geniales de un ruiseñor, el artista enamorado, pájaro que es una especie de santo borracho.

–Vive en París desde hace 22 años. Cuenta que se fue «como un perrito perplejo y feliz» detrás de su amor y allí ha formado una familia. ¿Cómo convive con el recuerdo de las verdes colinas y la realidad de una gran ciudad?

–Los paisajes y personas que más he querido continúan en mi memoria. Tuve una dosis abundante de naturaleza y no reniego de ella. En París encuentro un regalo poético cotidiano. La urbe está dividida en veinte distritos y cada uno de ellos es una pequeña ciudad. En el barrio donde vivo se ha logrado entre sus

habitantes una admirable combinación de cercanía y soledad. Aunque nunca he hablado con ellas, sé quiénes son muchas de las personas que conversan en un café, caminan con un pan en la mano o circulan en bici. Ellas, a su vez, me controlan sin impedir mi libertad. Si alguien sufre un percance grave, es arropado por sus vecinos.

–Es una de las pocas personas que conozco que dice que los parisinos son gente simpática y amable.

–Créame, la pereza sólo nos sirve para corear tópicos. Llevo veintidós años conviviendo diariamente con los parisinos. Dentro de la variedad, la mayoría me enseña un refinamiento compatible con el detalle solidario, el respeto por las intimidades, la amabilidad sin ruido. Saben defender la razón usando un tono suave. Y, salvo unos grupúsculos, rechazan con firmeza la xenofobia que crece en el resto del país. Lo hacen con argumentos; no recurren a la histeria. «El grito, la cosa menos intelectual», decía Carlos Edmundo de Ory.

–Leyendo 'Orquesta de desaparecidos' se diría que usted pasea por las calles y por las gentes recogiendo lo que casi nadie ve.

–Mi interés por las personas y los objetos no envejece. Todavía desconozco el hecho de viajar en metro y volver a casa sin una escena que me haya afectado. A menudo mis poemas los componen de manera involuntaria las personas que pasan por mi lado. Simplemente, yo tengo una cámara verbal y con ella fotografío ese poema. Sólo debo evitar que mi torpeza estropee las imágenes cuando las traslado a una página blanca.

–Actualmente ejerce como crítico de poesía en un suplemento cultural. ¿Cuál es su visión de la crítica literaria, de la que tanto se quejan los autores?

–La crítica literaria contiene el mismo grado de seriedad y desidia que el resto de las actividades humanas. Existen reseñistas que consagran

muchas horas a la lectura minuciosa. Invitan a los placeres de unas páginas. Otros quizá disfruten intentando disminuir el mérito ajeno. Dudo que así consigan aliviar sus frustraciones íntimas. En nuestro país, Ricardo Senabre fue un maestro al que leía semanalmente para aprender. Fernando Valls y Rafael Narbona, entre otros, son excelentes profesionales. Y, según mi experiencia, más que quejarse, los autores agradecen una lectura cuidadosa de sus obras.

–El texto que cierra el libro se titula 'Testamento' y dice sólo esto: «Me gustaría que sobre mi muerte se plantase el árbol de la discreción».

–Procuró tener una presencia leve. Creo que hay algún tipo de fracaso moral en el empeño de ser siempre protagonista. Borges estaba cansado del personaje Borges, y lo comprendo.



ORQUESTA DE DESAPARECIDOS
FRANCISCO JAVIER IRAZOKI

Estilo: Poemas en prosa.
Editorial: Hiperión
Páginas: 133.
Precio: 12 euros

«Necesito reunir en mis poemas a quienes me aportaron su calidad. Viven en mi escritorio»

«Creo que hay algún tipo de fracaso moral en el empeño de ser siempre protagonista»